

## 4.1-47

### REFLEXIONES SOBRE "EL PASADO GLORIOSO" EN LA CUARTA SERIE DE *EPISODIOS NACIONALES*

*María Paz Yáñez*

Mucho se ha hablado de la actitud del Galdós de principios de siglo, tan semejante en algunos aspectos a la de los jóvenes llamados noventayochistas. Esta actitud ha sido estudiada a fondo en lo que respecta a su manera de tratar la historia y a sus presupuestos ideológicos. Se ha insistido en su búsqueda de valores intrínsecos del pueblo español,<sup>1</sup> aquello que Ganivet llamaba "el modo de ser interno del sujeto colectivo"<sup>2</sup>, y Azorín, "el genio castellano".<sup>3</sup> Son ya varios estudiosos los que han definido a la familia Ansúrez, colectivo importante en las dos últimas series, como enclave de estos valores<sup>4</sup>. No existe, sin embargo, un estudio dedicado específicamente a esta interesante familia. Por ello, me propongo aquí abrir un camino hacia la investigación de las muchas posibilidades interpretativas que ofrece este singular colectivo.

En el capítulo V de *Narvárez*, el narrador José García Fajardo, más conocido por Marqués de Beramendi, nos conduce a ciertas ruinas en las afueras de Sigüenza, que sirven de refugio a cierta "familia errante", agrupada "bajo una bóveda" (II, p. 1520a)<sup>5</sup>. El padre o "cabeza de la pequeña tribu", Jerónimo Ansúrez, presenta a sus hijos, que aparecen a los ojos del narrador formando un grupo escultórico, "tres en pie, dos tumbados", y, "entre ellos una mujer", "la más hermosa que (Beramendi) había visto en su vida" (II, p. 1520b).

La presentación resulta llamativa, tanto por la disposición artística de las figuras que componen el grupo, como por el espacio histórico-legendario en que quedan encuadrados. Sus nombres, arcaizados por el sabio del lugar don Ventura Miedes, nos remontan a épocas lejanas: "Didaco o Yago, aunque vulgarmente lo llaman Diego", "Egidio" (Gil), "Ruy" (Rodrigo), "Gundisalvo" (Gonzalo) y "Leguntio" (Leoncio). Falta uno en el grupo y el padre explica esta falta: "al mayor, que se llama como yo, lo tenemos en Ceuta, por un achaque.." <sup>6</sup>(p. 1521a). La hija, Lucila "Illipulicia" para Miedes no sólo se presenta "entre ellos", sino que es la cuarta de los siete hijos, es decir, la central.

Lucila es una de las figuras femeninas más destacadas en esta serie y en la que le sigue. Aunque sólo protagoniza un episodio, está presente en casi todos, como lo estará su descendencia, protagonista también en uno

de los últimos. Aparece reiteradamente en los sueños amorosos inalcanzables de dos figuras masculinas -el mismo Beramendi y el extravagante historiador Confusio-, cuya doble función de actores y narradores les confiere capital importancia en la serie. Los valores metafóricos de Lucila no han pasado inadvertidos: la España que comienza en los brazos del ejército y termina en el de los burócratas, pasando por los terratenientes; la madre del hombre del futuro, la esencia popular, y otras tantas significaciones que sería prolijo enumerar: como bien afirmaba Montesinos, es "tantas mujeres cuantos son los prójimos que la ven".<sup>7</sup>

Menos atención han merecido sus hermanos, que nunca se han estudiado en conjunto, como partes de un todo. Ciertamente su presencia en la serie es irregular y poco proporcionada: Diego es protagonista exclusivo de todo un episodio, *La vuelta al mundo en la Numancia*; Gonzalo presta su voz a un nutrido fragmento de *Aita Tettauén* y desempeña un importante papel en la primera parte de *Carlos VI en la Rápita*; los amores de Leoncio forman el núcleo ficcional de La revolución de julio, aunque él mismo no aparezca hasta casi el final de forma episódica, volviendo a intervenir en episodios posteriores; también en La revolución de julio, Rodrigo, todavía adolescente, acompaña a Beramendi en sus correrías, y, más tarde, volveremos a encontrarlo entre los amigos de Santiago Ibero; De Gil, apenas entrevisto entre las ruinas de Sigüenza, recibimos sabrosas noticias indirectas; Jerónimo es el eterno ausente.

En su presentación, como ya he recordado, se arcaizan sus nombres. Pero es de notar que ya son arcaicos de suyo, con ese eco de gestas medievales y triunfos imperiales que dejan tras de sí. Estas resonancias son el primer indicio de la representación histórica que asumen. Es de notar también que los episodios en que destaca su intervención son los más abundantes en referencias al pasado remoto.

Entre los hechos que dieron lugar al tópico del "glorioso pasado hispánico", dos han pasado a la historia oficial como las más grandes hazañas de la "raza celtíbera", epíteto que siempre acompaña a los Ansúrez: la Reconquista del territorio peninsular ocupado por los árabes y la Conquista de América, ambas pobladas de Gonzalos, de Diegos y de Rodrigos. No es de extrañar que estos dos hechos destaquen sobre los demás, cuando se trata de revisar el pasado remoto.

Por referencias familiares, sabemos que uno de los hijos de Ansúrez, el más astuto de todos, que se cortó un dedo para librarse del servicio militar, se ha convertido al islamismo. Por eso identificamos en seguida esa extraña voz que encabeza la tercera parte de *Aita Tettauén*, presentándose bajo el nombre de "sidi el Hach Mohammed ben Sur el Nasiry", como el joven Gonzalo que habíamos encontrado durmiendo en las ruinas de Sigüenza. Su nombre ya estuvo estrechamente relacionado con los moros medievales: Gonzalo Gustios se llamaba el padre de los siete infantes de

Lara y de aquél “moro expósito” que volvió por la honra de su familia, tomando también en su bautizo el nombre de Gonzalo. Si Mudarra, nacido y criado en el Islam, se convirtió al cristianismo, su homónimo hace el camino inverso. Tampoco es gratuito el nombre árabe que adopta el hijo de Ansúrez: El Nasiry se llamaba cierto historiador que, como nuestro personaje, relató la guerra de África desde la perspectiva musulmana<sup>8</sup>. El renegado “celtíbero” se presenta en sus escritos como el más fiel seguidor de la doctrina de Mahoma y en sus hechos posteriores, como un intachable ciudadano del Mogreb.

Es natural que en los dos episodios que siguen de cerca la guerra de África, sean constantes las referencias a las pasadas luchas de la Reconquista. Ya al principio del *Episodio*, el entonces fervoroso patriota Santiuste despierta con su recuerdo la admiración del niño Vicente y de su bella madre:

-¡Qué gloria ver resucitado en nuestra época el soldado de castilla, el castellano Cid, verle junto a nosotros y tocar con nuestra mano la suya, y poder abrazarle y bendecirle en la realidad, no en libros y papeles! Reviven en la edad presente las pasadas. Vemos en manos del valiente O'Donnell la cruz de Las Navas, y en manos de otros caudillos (...) el bastón glorioso del Gran Capitán. (III, p.236b)

A mediados del siglo XIX, la Reconquista va a convertirse en Conquista: ahora los cristianos peninsulares invadirán territorio árabe, como los árabes habían invadido la península en el 711. Este cambio de perspectiva se refleja en la figura de Gonzalo Ansúrez, que ha hecho el mismo camino por vía pacífica, asimilándose en lugar de colonizar.

En su función de narrador, el Nasiry resulta ser el más irónico de cuantos nos narran los *Episodios Nacionales*. Si nos quedara alguna duda de la sinceridad de sus palabras, él mismo nos desengaña en su primera aparición como actor:

-Quitate allá. ¿crees tú que es historia lo que escribo para el Zebdy? No, hijo, no es nada de eso, porque he tenido que escribirlo al gusto musulmán, retorciendo los hechos para que siempre resulten favorables a los *moríos*. Y cuando no me ha sido posible desfigurar el rostro de la verdad, he puesto mil mentirosos adornos y afeites para que no lo conozca ni la madre que lo parió. (III, p.336b)

No en balde, Confusio lo califica como “el primero y más salado guasón del mundo” (III, p.373a), y Beramendi como “hombre de extraordinaria marrullería y de artes de gobierno” (III, p.381a). No llegamos a saber si la historia de la enfermedad de su esclava, que tan fácilmente convence a Santiuste, es cierta, o si se trata, como opina Fajardo, de un ardid para alejar al joven diplomáticamente. Sospechamos lo último, porque a lo

largo de su intervención nos ha dado muestras suficientes de sus facultades de manipular con la mentira. Claro está que estas cualidades responden al cliché con que el discurso oficial español define a los moros, tanto en la historia como en la literatura. Pero en todo momento estamos al corriente de que Gonzalo pertenece a la más pura raza celtíbera y que su primera mentira es su condición de magnate musulmán, que ninguno de sus vecinos pone en duda. Se trata, pues, no ya de una figura ironizada, sino de la propia ironía hecha personaje.

El Nasiry puede leerse, así, como una metáfora de la conquista al revés que supone la insensata Guerra de África. Pero, además, sirve de vehículo a una reflexión sobre los sagrados valores que la tradición confiere a la Reconquista, reflexión llevada a cabo a través de una reconocida técnica galdosiana: el paralelismo. A nadie han pasado inadvertidas las relaciones que en *Carlos VI en la Rápita* se establecen entre el Nasiry y el arcipreste carlista don Juanondón, relaciones que marcan la estructura del episodio. Las mismas historias se repiten en diferentes espacios. En la primera parte, situada en África, Juan pierde una mujer -Yohar- por conveniencias económicas, y se consuela intentando robarle al Nasiry una de las esclavas de su harén. En la segunda parte, ya en España, Confusio recibe la noticia de que va a perder a Lucila, a punto de casarse con un "devoto de la *Economía política*" (III, p.379a), y, para consolarse, intenta y consigue robar a don Juanondón una de las amas de "su harén". El propio Juan, narrador de este episodio, relaciona continuamente las dos situaciones: "La semejanza de Donata con la imagen que me forjé de la bella Erhimo era cada día más patente" (III, p.401b). El arcipreste se presenta con los mismos rasgos que caracterizan al falso moro: oficia sus misas "revestido con espléndida ropa" (III, p.398a), es hospitalario e influyente, por sus muchas relaciones. (nos enteramos, por ejemplo, de que ha podido mantener su arciprestazgo gracias, nada menos, que a la monja de las llagas), y en su mesa se sirven los platos más refinados. Como el astuto Nasiry, no está del todo conforme con el discurso oficial de los que defienden su misma causa: califica al primer don Carlos de "alcornoque" (III, p.405a) y a propósito de sus hijos, a quienes está defendiendo en ese momento, se deja decir: "¡váyanse a la porra, a la santísima porra..., con cien puñales de peines... y con la maldita leche que mamaron de su madre putativa!" (III, p.404a). Este parecido no pasa inadvertido para nuestro narrador:

Por la mirada, en el momento de decir *dominus voviscum*, por las líneas de su rostro más caballeresco que místico, don Juan Hondón se me pareció el Nasiry. Sin fijarme en la diferencia de ropaje, calidad y estado, ni en que el uno tiene barbas y el otro no, encontraba yo gran semejanza entre los dos caballeros renegados. ¿Por ventura la semejanza moral no era aún más efectiva y patente? (III, p.398 a-b)

Hasta los lugares, tan distantes y diferentes, se representan semejantes en la mente del narrador: "recorrimos angostas calles sin empedrar, que me recordaban las de Tánger y Tetuán" (III, p.401b).

Otra semejanza más inadvertida se puede establecer entre los dos polígamos: ambos se relacionan estrechamente con figuras de la historia literaria. La comparación que el narrador establece entre el moderno arcipreste y su homónimo el de Hita no requiere explicación. Menos evidente es la que se establece entre el Nasiry, cronista poético y retórico del frente árabe, musulmán al revés, que escribe a lo musulmán y piensa y siente a lo castellano, y el cronista del frente español, Pedro Antonio de Alarcón, a quien Santiuste llama "moro de Gaudix", por ser "un español al revés o un mahometano con bautismo", que escribe "a lo castellano", y piensa y siente "a lo musulmán" (III, p.263 a). Varios estudiosos han notado la intertextualidad establecida entre el *Diario de un testigo de la guerra de África* y el episodio galdosiano en que interviene su autor, a partir de la oposición señalada en el texto entre Alarcón y Santiuste.<sup>9</sup> Gregorio Torres Nebrera añade a esta oposición la establecida entre este último y El Nasiry, en tanto que cronistas,<sup>10</sup> lo que viene a situar en un mismo plano a los dos corresponsales que se oponen al protagonista del episodio. Ciertamente, Alarcón y el renegado narran la historia desde perspectivas opuestas, pero, en ambos casos, el resultado es la versión oficial triunfalista que cada bando quiere leer.<sup>11</sup> El relato de El Nasiry devuelve como un espejo el relato alarconiano: la perspectiva resulta invertida, pero las imágenes son idénticas.

Robert Ricard, a partir de una interpretación positivista, juzgaba "malheureuse" la estructura de *Carlos VI en la Rápita*,<sup>12</sup> olvidando otro elemento común a las dos partes: la evocación de la Reconquista. Si la Guerra de África se presenta llena de alusiones a las glorias del Medievo, la relación establecida entre Juan Ruiz Hondón y su homónimo del siglo XIV, traslada a nuestro arcipreste a esa misma época, cambio temporal que se refleja en su entorno: "En el atezado rostro de aquellos interesantes bárbaros -(dice Santiuste)- vi la ingenuidad del hombre medieval, laborioso en la paz, matón en la guerra, defensor de su terruño y de sus rudas creencias con fanático heroísmo" (III, p.408a).

El paralelismo entre las historias de Confusio en Tánger y en Ulldecona, corresponde al paralelismo entre moros y cristianos existente ya en la época medieval. Como entonces, el árabe se revela ahora más astuto y diplomático, y el castellano, más rudo en su comportamiento, pero ambos mantienen un harén, cuyas mujeres han sido obtenidas mediante compra. Si la actitud del moro, inventando la enfermedad de Erhimo, arroja un jarro de agua fría sobre la exuberante imaginación del aspirante a *Cautivo* cervantino, la actitud del cristiano, declarando su alivio al librarse de la moza con tanto esfuerzo raptada, produce un efecto similar. Entregada y no robada, Donata pierde todos sus atractivos.

Si alguna oposición cabe entre las dos historias, se encuentra más en las imágenes que en los hechos, en especial en lo que se refiere al color. No puede pasar inadvertido el contraste entre los bellos y armoniosos coloridos de las ropas y adornos de las mujeres del Nasiry, destacando sobre el blanco luminoso de las paredes, y la negrura que predomina en la casa del Arcipreste, donde "todo es (...) negro y fúnebre" (III, p.399b), así como su iglesia, presidida por "un Cristo de espantosa anatomía, de espe-luznante horror traumático, piernas y brazos en carne viva, con cárdenos bultos y cuajarones de sangre (...)" (III, p.397b). Como en el espejo alarconiano, el "parecer" es opuesto, pero el "ser" es idéntico.

Por otra parte, la historia vivida, que el ingenuo Santiuste esperaba resurrección de la tantas veces y con tanto entusiasmo leída, no sólo resulta también decepcionante, sino que revela la retórica de los modelos, en los que el "parecer" tampoco correspondía al "ser":

... en mi espíritu se han marchitado todas aquellas flores que fueron mi encanto (...) Yo me adornaba con ellas, yo me tragaba su aroma y lo echaba por los ojos, por la boca... Me servían para hacerme pasar por elocuente y para que lloraran oyéndome las mujeres y los chiquillos... Esas flores eran el Cid, Fernán González, Toledo, Granada (...) Pues bien, Pedro: de esas flores no queda en mi espíritu más que una hojarasca que huele a cosa rancia y descompuesta... (III, p.259b)

Los "pesimistas" del noventa y ocho ofrecen una visión mucho menos deprimente del "glorioso pasado" que la que nos presenta aquí el optimista" Galdós. No encontramos por parte alguna, aunque no hayan faltado afirmaciones al respecto, la nostalgia por las perdidas grandezas con que la patriotería española se consoló de su "Desastre". Los hechos del pasado, tan deslumbrantes en las crónicas triunfalistas, no eran muy diferentes de los de la Guerra de África, tan bellamente narrados por su testigo Alarcón.

El otro gran acontecimiento histórico del pasado, la Conquista, también se vuelve objeto de reflexión en el episodio que nos traslada al continente americano. *La vuelta al mundo en la Numancia* nos cuenta un hecho casi insignificante entre los muchos que ilustraron el reinado isabelino. No en balde, ha sido poco apreciado por los estudiosos cuyos intereses se centran en los hechos históricos.<sup>15</sup> Es cierto que los manuales de historia apenas dedican unos párrafos a esta torpe e inexplicable campaña, que culminó en el bombardeo al puerto del Callao. Mostrar una torpeza más de las que los gobiernos isabelinos cometían a diario, parece materia insuficiente para llenar todo un episodio. Pero hay que tener en cuenta que se trata del único entre los cuarenta y seis que toma en consideración las relaciones entre España y sus antiguas colonias americanas. A tan poca distancia de los sucesos del 98,<sup>14</sup> el tema americano, ya concluido, se prestaba a una revisión más global, una revisión que contemplara el pro-

blema desde sus raíces. Y eso es lo que la historia de otro de los hijos de Ansúrez, el llamado Diego, viene a metaforizar.

La anécdota ficcional de *La vuelta al mundo en la Numancia* está centrada en la búsqueda de una hija que, por su propia voluntad, se ha liberado de la autoridad paterna. Paralelamente, la anécdota referencial narra una demostración de autoridad de la “ex-madre imperial” hacia “unas hijas” que ya se le escaparon de las manos y, libres de la autoridad materna, comienzan a mostrar ciertas veleidades revolucionarias. Repetidas veces se presenta la relación de España con los países americanos siguiendo este manido tópico.<sup>15</sup> Un ejemplo:

El cañoneo no llegó a durar tres horas: ya era bastante; aun era quizá demasiado para simple castigo o reprimenda de una madre austera, harto pagada de su carácter venerable y de sus históricos blasones. La hija, herida y maltrecha de las crueles disciplinas de la madre, miraba a ésta desde tierra con el más agrio cariz que puede suponerse. (III, p.513b)

El reflejo de esta relación en la aventura de Diego ya ha sido puesto de relieve.<sup>16</sup> Vale la pena, sin embargo, contemplarlo con un mayor detenimiento. En primer lugar, es de notar que en la historia ficticia son dos, y no uno, los ejemplos de comportamiento paterno. José Binondo, personaje nada simpático por cierto, confiesa a Diego cómo trató a su hija en rebeldía: “con una estaca le di tal paliza, que me quedó el ángel hecho una lástima” (III, p.471b), “la cogí por un brazo y me la llevé a casa, donde le di de bofetadas y me parece que algún mordisco” (III, p.472a). La hija de Binondo responde significativamente al nombre de Rosa, la patrona de Lima, a quien el atribulado padre asocia a su hija en sus desvíos místicos. A él, el arrepentimiento le llega tarde: su hija ha muerto. Ansúrez, en igualdad de circunstancias, no empleó la violencia física. Su vuelta al mundo corresponde metafóricamente al giro que toma su valoración de las relaciones filiales. Gracias a esta nueva visión, quedan abiertas sus esperanzas de reconciliación, afirmadas en el nieto. Aunque, como veremos, la unión efectiva no llega a verse cumplida en el texto.

La voz que narra este episodio parece asumir el discurso español, empleando con frecuencia la primera persona del plural. Así, por ejemplo, cuando los oficiales de la Numancia se admiran de las bellezas de Lima: “Nuestro, *de casa*, de familia, era el rostro de aquel monumento; nuestra también el alma, el interior, impregnado de dulce misterio.”<sup>17</sup> (III, p.482b). No es de extrañar que el discurso se haya interpretado a favor de los españoles, y que se haya llegado a hablar de “sentimentalismo paternalista” en las descripciones limeñas.<sup>18</sup>

Sabemos, sin embargo, que el narrador galdosiano se presenta, a menudo, como parte integrante del discurso social de su época, ensalzando

lo que oficialmente se alaba y dedicando epítetos despreciativos a los seres non gratos.<sup>19</sup> discurso que suelen desmentir los hechos. Así también en este episodio podemos observar la conducta dudosa de ciertos españoles, como Mendaro, muy bien tratado por el Narrador, a quien vemos en cierta ocasión maltratando a un *cholo* (III, p.487b), antes de que haya surgido el conflicto, hecho que justifica la actitud agresiva de los peruanos frente a España. El propio Méndez Núñez, muy bien tratado en todo momento, convence a sus soldados “con los tópicos imprescindibles”, entre los que destaca el de “añadir una página de gloria a la nación” (III, p.517a). El honor parece ser el móvil de los españoles en esta lucha, “que las naciones, cuanto más viejas, más aferradas viven a la rutina caballeresca del honor”. (III, p.512b)

Esta ironía se refuerza a través de los acontecimientos de la historia ficcional, que, como ocurre en todos los episodios, hay que leer en clave metafórica. Diego se ha embarcado en la Numancia, lleno de odio hacia el indigno robador de su hija y de su honor, a quien llama “gavilán” (III, p.458b), cuando no “el negro ese” (III, p.466a). El texto nos presenta, en cambio, un Belisario adornado de todos los rasgos positivos, de forma que la conducta de Mara, eligiendo su destino en contra de la voluntad paterna, queda sobradamente justificada. El narrador asume el discurso del padre, como asumía el de España, pero el texto toma partido por la hija y por su simpático robador.

La historia de Diego corre paralela a la de la escuadra española, lo que se manifiesta en ciertos usos de la anáfora: “Mala la hubísteis, españoles, con aquellas trifulcas de vuestros parientes americanos, y malísima la hubo también el bonísimo Ansúrez, que apenas acarició las dulces esperanzas de comunicarse con su hija, viose de nuevo defraudado...” (III, p.498b). El viaje de Diego alrededor del mundo puede contemplarse como viaje iniciático de la intolerancia a la tolerancia, de los valores sociales a los valores humanos, lo que confirma la frase que cierra el episodio: “cuando a uno se le pierde el alma, tiene que dar la vuelta al mundo para encontrarla” (III, p.536b). Como ya he anticipado, no asistimos al abrazo final de padre e hija, que una cuarentena va a retrasar. Los abandonamos manteniendo un diálogo de barco a barco, separados por el agua del mar. Tampoco el conflicto militar queda concluido. Los españoles se retiran, y, a decir de Fenelón, “se retrasará un cuarto de siglo, por lo menos, la reconciliación (...) con las que fueron sus colonias.” (III, p.521b)

Las referencias al pasado son aquí también continuas, como ocurría en los episodios africanos. Las calles de Lima recuerdan la presencia de Pizarro, se mencionan tesoros escondidos por los incas y hasta se relata la historia de un colonizador, Sarmiento, que derivó en la locura (III, p.474a). La presencia del pasado se acusa también en algunas actuaciones irónicas del presente, tales como la intención de Binondo de instruir y catequizar a los felices indígenas de Otaití, y de “traerlos a la verdad de nuestra fe cristiana y sacratísima” (III, p.531b).

Pero, además, la historia del origen de Mara no deja de llamar la atención. Ansúrez conoció a la madre de su hija de forma un tanto insólita:

Iba el hombre con el cuidado de la oscuridad echando las manos por delante, los ojos al suelo fangoso y a los traicioneros dobleces de las tapias, cuando de improviso le cayó encima un grande y pesado bulto,.. El golpe fue tremendo, más por la pesadumbre que por la dureza del objeto caído, (III, p.439a-b)

El bulto resulta ser una monja evadida, con la que pronto establecerá relaciones amorosas, que traerán como consecuencia el nacimiento de Mara. Este encuentro violento y doloroso para ambos, aunque como anécdota resulte divertido, nos muestra un comienzo de relaciones en el que la violencia está presente. Ansúrez rebautiza a esta mujer que le ha caído del cielo por casualidad (como América se ofreció a los ojos de Colón, que iba en busca de otra cosa), con el significativo nombre de Esperanza. A pesar de que la pareja consigue integrarse en una sociedad de ideas liberales, el casamiento no llega a posibilitarse, resultando Mara hija natural. Doña Esperanza pierde la razón poco antes de morir y llega a llamar a su hija en su delirio "*negra, intrusa*" (III, p.449b). El propio Ansúrez, después de perder a su mujer se acusa de "haber infringido y olvidado las leyes morales y religiosas", y califica su unión de "casamiento libre y sacrílego" (III, p.453a). Claro está que el texto no apoya estas apreciaciones, pero lo cierto es que aparecen explicitadas en los propios pensamientos del protagonista, según los cuales Mara resulta ser fruto de un encuentro violento y de una relación ilegal y sacrílega. Si Mara es la hija perdida en manos del nuevo "indio", iconizando así la perdida colonia que se inhibe de la vigilancia materna y busca sus primitivas raíces, no cabe duda de que el texto se vale de la historia ficcional para introducir una reflexión sobre los violentos y oscuros orígenes de la relación hispano-americana.

De este modo, a pesar de las demostraciones patrióticas del narrador, en *La vuelta al mundo en la Numancia*, contemplamos, en un primer plano, la insensatez de un gobierno que actúa por razones tan obsoletas como el honor, tal como se entendía en la era caballerisca; y en un segundo, a nivel metafórico, la violencia, la ilegalidad y el sacrilegio de otros presuntos héroes que, siglos antes, habían dominado un continente para imponerle sus valores. Y, después de todo, para dejarles en herencia virtudes tan honrosas como "la afición al juego de la guerra civil" (III, p.467a), como apunta una vez irónicamente el narrador.

Reconquista y conquista quedan pues presentes a través de los dos Ansúrez masculinos con mayor participación textual. Como ya he anticipado, ninguno de los otros hermanos llega a cobrar la importancia de los dos mencionados. Y es que ya no se trata de metaforizar hechos concretos del pasado, sino de encarnar en ellos esos rasgos permanentes en la historia española de todos los tiempos, esa "esencia" que buscaban los

noventayochistas. No en balde los define así Beramendi: "... todos los individuos de esa familia, de ese índice histórico, de ese resumen étnico, son de una agudeza formidable. El ingenio y la simpatía personal los asisten, así para el mal como para el bien." (III, p.380b).

De hecho, dos encarnan la vertiente negativa y dos, la positiva de dos elementos que definen esa presunta "esencia": el instinto y el ingenio. Jerónimo destaca por su ausencia. Nunca llegamos a verle y sólo una vez tenemos noticia de él: está encarcelado cumpliendo condena por lo que su padre llama "achaques" y don Ventura Miedes, "crímenes". Es como un instinto violento escondido, encarcelado, peligroso y vergonzante. El instinto sano, el que va encaminado a la revolución igualadora, está encarnado en Leoncio, el único que en el episodio titulado *La revolución de julio* emprende una auténtica rebelión, que contrasta claramente con el simulacro que supuso la Vicalvarada, tema histórico del episodio. La belleza de Leoncio, según Beramendi, "respiraba salud, fuerza y un perfecto equilibrio de los dos elementos que nos componen, el animal y el hombre" (III, p.101b). Virginia y Leoncio emprenden su revolución social atacando a las raíces de la sociedad que combaten, en lugar de barnizar con un par de pretendidas reformas una situación política inaceptable en su totalidad, como harán los pretendidos rebeldes de Vicálvaro. Es la Revolución que pedirá Mariclió en las últimas páginas de *Cánovas*, la verdadera, la de raíz, que en nada se parece a las algaradas que poblaron el reinado isabelino, concluyendo con la ineficaz "Gloriosa". La pareja anula las leyes establecidas -matrimonio, clase social, formas de vida-, y se rebautiza con los nombres de Mita y Ley: la nueva "Ley", basada en la cooperación y en el reparto de bienes expresado en la fusión de "mío" y "tuyo" que refleja el anagrama "Mita" ("=mía y tuya"). Beramendi concluye el episodio con estas palabras: "Todo es pequeño, todo; sólo son grandes Mita y Ley". (III, p.115b)

La otra vertiente de la esencia hispánica, el ingenio, aparece también desdoblado. Gil, "agudo como el hambre, vivo como la pólvora, de rostro muy moreno, el labio un poco grueso, los ojos como endrinas", capaz de "mascular la lengua turquesa o tunecina que habla toda la pillería del Mediterráneo", y provisto de "gran despejo para sermonear" (III, p.424a), es la viva estampa del pícaro. Si no ayuda a vender bulas, como hiciera Lázaro, vende reliquias de toda especie, avaladas por "papeles escritos en arábigo, y traducidos al español por un monje que acredita la procedencia del género, y luego firman y dan fe priores, abades y hasta cónsules mismamente" (III, p.424b). Aunque su hermano Diego lo califique de "malditísimo charlatán", el relato de sus ingenios no deja de resultar simpático y divertido. Gil comenzó en el bandolerismo, otro de los rasgos ambiguos de la cultura hispánica. El bandolero, tal como se manifiesta en la tradición, roba a los ricos para dárselo a los pobres. De robar a los ricos, Ansúrez pasa a estafar a los fanáticos, presentados en el texto tan negativamente, que las argucias de Gil, lejos de resultar censurables, se leen como justo castigo de supersticiosos. Dentro del discurso burgués es, cla-

ro está, un marginado. Y marginado aparece en el texto, ya que estas informaciones que recibimos son indirectas y nunca le llegamos a ver de cerca, salvo como elemento del conjunto escultórico descubierto en Sigüenza. Como su hermano Jerónimo, queda en fuerza latente, esta vez algo más explícita y más directamente conectada con el pasado, con el supersticioso y oscuro mundo de la Contrarreforma, donde el ingenio popular no tenía más salida que la picaresca.

Por fin, lo que faltaba en la familia, el arte, está representado por el más joven, Rodrigo, descrito por primera vez como "un chiquillo como de diez años, lindísimo, curtido del sol, medio desnudo, con una piel cruzada en la cintura que le asemejaba al san Juan Bautista de la iconografía corriente" (II, p.1520b). Lo encontraremos dos episodios más adelante, en plena adolescencia, todo él arte, un arte todavía no aprendido, pero fuertemente enraizado por naturaleza. Beramendi relata así la experiencia de su primera audición:

Frente a mí, de espaldas a mí, sentado en una piedra, estaba el hojalatero encorvado sobre su violín, pasándole el arco, ahora con suavidad, ahora con brío... cuando rozaba en la prima, el arco apuntaba al cielo con su contera, y a la tierra cuando rozaba en la cuarta. (...) Sin duda por el estado de mi espíritu, más que por la destreza del violinista, la emoción que sentí fue muy honda, de esas que remueven lo más quieto y despiertan lo más dormido del alma. Y alguna parte tendría en esta emoción el mérito del artista; cuanto más yo le oía, más me admiraba la perfecta afinación, el juego elocuente del arco, su fuerza, su delicadeza, según los pasajes y diseños que atacaba. Llegué a sentirme encantado de aquella música, deseando que durase todo el resto de la noche, y que ésta fuese muy larga. Tocaba el muchacho con devoción y fe, poniendo la mitad de su alma en los dedos de su mano izquierda y en la derecha la otra mitad. Quería serme grato y mostrarme su afecto en el lenguaje que mejor conocía... (III, p.80a)

Obsérvese que en su arte están contenidas todas las artes: no sólo la música, sino también la pintura ("diseños") y la poesía ("lenguaje"). Es un arte total, capaz de abarcar "el cielo" y "la tierra", como abarca la totalidad del alma del adolescente. Rodrigo es el único artista que encontramos destacado en esta serie. Se diría incluso que no es un artista, es la propia encarnación del arte, un arte joven y esperanzador, capaz de infundir belleza a una noche en un lugar inhóspito, en medio de un grotesco conato de revolución.

Para perfeccionar su arte, Rodrigo tendrá que emigrar a Bélgica, becado por Beramendi. Con él, la reflexión sobre el pasado que abarca también el presente, alcanza al genio artístico español, más orgánico que estudiado, que desestimado por las instituciones se ve obligado a buscar mecenas o a emigrar en busca del deseado perfeccionamiento.

Rodrigo es, además, el elemento textual que nos recuerda que no estamos ante una crónica, sino ante una obra artística. Y no es casualidad que este elemento se integre en la familia Ansúrez. El hecho de que la familia se presente por primera vez como un grupo escultórico en medio de unas ruinas, denuncia su condición de representación artística del pasado, de un pasado en el que instinto e ingenio se orientaron torcidamente, hasta derivar en ruinas.

## NOTAS

- <sup>1</sup> CASALDUERO, J., *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Gredos, Madrid, 1974, pp.151 y ss.
- <sup>2</sup> GANIVET, A., *Obras Completas*, Madrid, 1943, t. II, p.594.
- <sup>3</sup> AZORÍN, *Lecturas españolas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1957, p.24.
- <sup>4</sup> En especial, Regalado García, quien considera a esta familia como "protagonista colectivo de la cuarta serie", atribuyéndole la representación del pueblo español, de origen campesino, que se dispersa hasta mezclarse con otras clases sociales. REGALADO GARCÍA, A., *Benito Pérez Galdós y la Novela Histórica Española (1868-1912)*, Ínsula, Madrid, 1966, p.386 y ss.
- <sup>5</sup> Las citas remiten a PÉREZ GALDÓS, B., *Obras Completas*, ed. Federico Carlos Sainz de Robles, Aguilar, Madrid, 1941.
- <sup>6</sup> El subrayado es de Galdós.
- <sup>7</sup> MONTESINOS, J., *Galdós*, Castalia, Madrid, 1980, t. III, p.120.
- <sup>8</sup> Cfr. RICARD, R., «Note sur la genese de *Aita Tettauen* de Galdós», en *Bulletin Hispanique* XXXVII, 1935, pp.473-477.
- <sup>9</sup> Por ejemplo, MONTESINOS (*op.cit.*) y GOYTISOLO, J., para quien nuestro texto es una "contralectura de Alarcón". «Lectura de Galdós», en *Iberoamericana*, 2/3, 1981, pp.137-142.
- <sup>10</sup> TORRES NEBRERA, G., «*Aita Tettauen*: Texto y contexto de un episodio nacional», en *Actas del Centenario de "Fortunata y Jacinta"*, Universidad Complutense, Madrid, 1991, pp.385-407.
- <sup>11</sup> Montesinos interpretaba la presencia de Alarcón en el episodio como "excelente representación de la pomposidad isabelina falsa", (*Op. cit.*, p.128). La misma pomposidad falsa rezuman las citas del Corán que ilustran el relato de El Nasiry.
- <sup>12</sup> Ricard consideraba la primera parte como un fragmento del episodio anterior, que hubiera resultado demasiado largo, y la segunda como una anécdota demasiado breve para llenar un episodio completo. Juzgaba así algunos de estos paralelismos, que no podía dejar de observar, como un intento "de remédier par des moyens variés á une insuffisance de liaison dont il (Galdós) n'avait que trop conscience". RICARD, R., «Pour un cinquantenaire. Structure et inspiration de *Carlos VI en la Rápita*», en *Bulletin Hispanique*, LVII, 1955, pp.70-83.
- <sup>13</sup> Regalado García lo considera "uno de los *Episodios* menos interesantes de la serie" (*op.cit.*, p.428), y Brian Dendle, "the most superficial". DENDLE, B., *Galdós. The Mature Thought*, The University of Kentucky, 1980, p.130.
- <sup>14</sup> Esta circunstancia no ha pasado inadvertida: "El antecedente de los desaciertos antillanos me parece tan evidente, que me inclino a creer que, al trazar este episodio, el autor se hacía la mano para otro, que no llegó a escribir, sobre el desastre del 98." MONTESINOS, *op.cit.*, p.198; "The parallels between Spanish conduct in the War of the Pacific and her sacrifices in the more recent war with Cuban separatists are too obvious not to have been intentional". DENDLE, B., *op. cit.*, p.132.
- <sup>15</sup> María de Pilar Palomo nos informa sobre los periódicos españoles en la época de los hechos narrados, donde llegan a publicarse poesías con el tema de "la madre España" y las "hijas americanas." PALOMO, M. P., «De la noticia al Episodio Nacional: La *vuelta al mundo en la Numancia*», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1993, t. 1, pp.255-262.

<sup>16</sup> Brian Dendle ha señalado que “the novelistic intrigue -Diego Ansúrez’s quest for his daughter Mara (...) - symbolizes the uneasy relationship between Spain and her former colonies”. (p.cit. p.132). Cfr. también RODRÍGUEZ, A., *An Introduction to the “Episodios Nacionales” of Galdós*, Las Americas Publishing Company, New York, 1967, p.157.

<sup>17</sup> El subrayado es de Galdós.

<sup>18</sup> ARNÁIZ AMIGO, I. P., «El tema americano en *La vuelta al mundo en la Numancia*», en *Actas del Centenario de Fortunata y Jacinta*, Universidad Complutense, Madrid, 1991, pp.277-282.

<sup>19</sup> Uno de los ejemplos más llamativos es, sin duda, *Fortunata y Jacinta*. Cfr. a propósito mi estudio «Autores y lectores de un texto llamado Fortunata», en VILLEGAS, J., (ed.), *Lecturas y relecturas de textos españoles, latinoamericanos y US latinos*, *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de hispanistas*, University of California, 1995, T. V, pp.252-263.